

La igualdad como un deber

Entrevista a Claudia Danani

Por Sandra Guimenez

Instituto de Estudios Sociales en Contextos de Desigualdades, Universidad Nacional de José C. Paz, Argentina / Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Claudia Danani es doctora en Ciencias Sociales, especialista en Políticas Sociales y licenciada en Trabajo Social y en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Es profesora de la Universidad Nacional de General Sarmiento y de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) e investigadora del Instituto Gino Germani y del Instituto del Conurbano (UNGS). Sus temas de estudio son las políticas sociales en Argentina y América Latina, particularmente la seguridad social y los sistemas de salud, así como el sindicalismo y la economía social.

Esta entrevista fue realizada el 16 de septiembre de 2020.

Los temas que problematizás en tu artículo “América Latina luego del mito del progreso neoliberal: las políticas sociales y el problema de la desigualdad” (*Ciências Sociais Unisinos*, vol. 44, Nº 1, 2008), a pesar de tener varios años, siguen vigentes. ¿De qué hablamos hoy cuando nos referimos a la desigualdad, una cuestión que también forma parte de la disputa político-cultural?

Tendríamos que hablar de la metamorfosis de la desigualdad, parafraseando a Robert Castel. Porque en realidad podríamos intentar periodizaciones en las que abramos la cabeza respecto a la igualdad y desigualdad en distintos términos. Eso es lo que nos permitiría distinguir diferentes épocas. Hablamos de un valor o un disvalor y eso es un criterio de época, que marca la historia moderna. Una de las banderas que caracteriza a las sociedades modernas es que alumbraron y formularon la idea de igualdad. Las diferentes maneras de definirla también sientan las bases para distintas sociedades. Cuando hablamos de igualdad para pensar qué compartimos, hablamos de una sociedad de próximos. Una proximidad sustantiva, en el sentido de que es material, pero también hablamos de igualdad en la consideración social. Igualdad es la pretensión de que todas las vidas florezcan, dice Ronald Dworkin desde un ideario liberal radical y ético. La idea de que no hay vidas superfluas. No hay que hacer nada para merecer la vida, sino que debería formar parte del repertorio de aspiraciones del conjunto de la sociedad. Por supuesto que cada uno y cada una de nosotros tiene mayor compromiso y responsabilidad respecto de su propia realización y su propio bienestar, pero el compromiso con otros y otras es parte también de la igualdad. Es sustantivo en el sentido tan difícil de reunir la dimensión material y política de las instituciones a través de las cuales construimos nuestra socialidad.

Planteás que la idea de igualdad es ciega a cualquier atributo de las personas.

El valor de la vida es incondicional, no puede estar condicionado a los méritos, sino que debería formar parte de las bases de la socialidad. Si no lo hacemos sobre esas bases de pretensión, es muy difícil construir una sociedad

igualitaria. Por supuesto, los principios no se manifiestan de manera automática, sino que es un esfuerzo, un trabajo. Es un derecho el que todos exijamos el reconocimiento del valor de nuestras vidas, pero también es un deber el hacerlo. Un deber con los otros y las otras, y también con las instituciones y con el Estado. Estamos acostumbrados a pensar el Estado y las instituciones como aquellos a los que les reclamamos derechos, pero hay un trabajo que nos queda por delante, urgente en estas circunstancias: pensar al Estado y a las instituciones como un deber nuestro. ¿Qué debemos hacer para mejorar las instituciones públicas? ¿Cómo tratarlas mejor para poder exigir y cómo formar parte de esa construcción?

El producto del proceso de radicalización del neoliberalismo en su aplicación, particularmente en la Argentina, y su implantación exitosa traen como corolario, según explicás en el artículo que mencionamos, una desigualdad de las expectativas. Por parte de la población que anteriormente elegía, por ejemplo, la educación y la salud pública como primera opción, de algún modo el neoliberalismo en tanto proceso civilizatorio logró que hayan dejado de serlo. Hay desigualdad en la expectativa, aceptando cierta normalidad de que esas instituciones dejaron de ser lo que representaban, de funcionar bien o constituir una opción elegible. En el esfuerzo para reflexionar sobre la desigualdad, consideramos que las instituciones también producen desigualdad. ¿Cómo nos aventuramos a pensar en mejorarlas?

Las instituciones producen desigualdad pero son también el resultado de la desigualdad, de prácticas sociales y políticas por arriba y por abajo. Cuando problematizo la desigualdad de expectativas es porque si encarnamos las expectativas como futuro, precisamente la desigualdad o la diferenciación como algo natural, la desigualdad como un proceso que “siempre existió”, no va a haber -y ese es el éxito del neoliberalismo- procesos de democratización por abajo. Los momentos de cierta democratización y de expectativas más amplias y democráticas, en el sentido de más igualitarias y compartidas, tan conflictivas como todo eso junto resulta, son momentos precisamente en los que no solo el progreso individual, sino el ascenso y la mejora en general vinieron desde abajo y obligaron, empujaron a arrastrar al conjunto. Si no vienen de abajo, son procesos selectivos. Y los procesos selectivos llevan a cierto encapsulamiento y bloqueo de los impulsos de mejora o de igualación. Las instituciones son también lo que nosotros y nosotras hacemos con y en ellas en los distintos lugares en los que estamos. La segunda cuestión es más dolorosa y antipática. Todos admiramos y volvemos una y otra vez a Karl Polanyi cuando dice que una economía de mercado solo existe en una sociedad de mercado y ahí está toda una idea de echar raíces para, desde allí, crecer. Creo que las políticas, los Estados y los mercados neoliberales solo existen en sociedades neoliberales. Aceptar eso para las almas bellas progresistas es lo más difícil. Si doy vuelta lo que acabo de decir acerca de la necesidad de mantener viva y activa la llama de la igualdad y empujar el deseo de democratización desde abajo, su contracara es que hoy experimentamos procesos en los cuales los Estados y las políticas suelen ser más puestos en cuestión por exceso de pretensión de igualdad, o de distribución, que por defecto. La situación de las expectativas es la situación en la cual se moldea el futuro. Consagrar horizontes de desigualdad es hacer cotidianamente, llevar adelante, validar o alimentar prácticas que no esperan llegar más allá. Un trabajo clásico de Norbert Lechner hablaba del problema que genera que la política sean solo reivindicaciones, porque cuando la política deviene movimientos reivindicatorios, por muy heroicos que sean, la discusión por el horizonte, por el futuro, queda obturada. Entonces es puro presente, ¿y quién discute hacia dónde vamos? Ese es un problema gravísimo de momentos como este porque el éxito de la movilización, de la coalición y del esfuerzo se termina, se agota en el terrible esfuerzo que significa vivir cotidianamente. Queda prisionera de la necesidad. No quiere decir que la necesidad no sea política, por supuesto que las necesidades se construyen políticamente, pero si la política se agota en la necesidad, esto es una discusión a doble cara con el campo de la política social y con la política como cemento de la socialidad. Entonces se agota precisamente en la vida de cada día. Y algunos sectores legítimamente agotan toda su energía en la satisfacción de esa expectativa que es muy desigual, mientras que otros tienen la posibilidad de mirar un futuro a largo plazo.

Si el neoliberalismo resultó exitoso es porque se solidificó desde abajo. Un tejido social lo hizo carne, en los términos en los que habla Verónica Gago, que toma el concepto de racionalidad neoliberal de Michel Foucault. Pero de algún modo solemos poner mucho énfasis en la importancia del Estado y sus instituciones: toda la expectativa queda puesta ahí, como si de su sola intervención dependiera la modificación de ese tejido social que incorporó como una segunda piel ciertas cuestiones vinculadas con el neoliberalismo, como la meritocracia y la diferenciación. Siendo defensora y trabajadora del Estado, entendiéndolo que no depende de la pura estatalidad. ¿Cómo pensar entonces una sociedad que potencialmente pueda ser más igualitaria cuando no todo depende del Estado?

Por el curso de los procesos de los últimos años, me volví muy pendiente acerca de esta pregunta: “Nosotros, los progresistas, ¿qué debemos hacer distinto?”. ¿Qué podemos hacer para que efectivamente la sociedad pueda mejorar en la distribución, pero al mismo tiempo sea más igualitaria? La experiencia reciente en Argentina nos muestra que hubo mejoras en la distribución, pero la sociedad no es más igualitaria. Es una sociedad, sí, más empoderada, con una capacidad mucho mayor de movilización y de visibilidad para colocar sus demandas. Pero no todas las reivindicaciones son consideradas valiosas ni atendibles. La primera cuestión es que no hay que dar, y por eso dije antes que era penoso, no hay que suponer que la pretensión de igualdad es un punto de partida. El esfuerzo por discutir precisamente las virtudes de una sociedad más igualitaria merece que le dediquemos toda la discusión, pero no para burlarse, criticar o denostar a los sectores para los cuales la igualdad es un disvalor, sino para dar debates. Distintos horizontes existen. Y deben hacerlo. El desafío no es denunciarlo. ¿Que hay sectores que valoran la desigualdad? Lo que tenemos que hacer es debatir y abrir al máximo posible esa discusión. Eso es lo más difícil, porque lo primero que nos sale es la descalificación y la denuncia como estigma de lo que para aquellos sectores es un emblema. “Ustedes pretenden construir una sociedad en la que haya jerarquías”. “Sí, claro”, te contestan. ¿Y entonces? La responsabilidad por construir una sociedad más igualitaria, es decir, cambiar la que tenemos, es de quienes queremos cambiarla. Y ese es un camino fundamental. Hay también un repertorio sobre lo que queremos de las instituciones. Antes hacías referencia a los tránsitos en las instituciones y el martirio consentido, que también es parte de la experiencia en la que se basan las desigualdades de expectativas. Si las instituciones están cerradas a las diferencias y a las modalidades de circulación de distintos sectores sociales, lo que termina pasando es que los ciudadanos y las ciudadanas que concurren terminan siendo rehenes de quienes las gestionamos cotidianamente. Se generan situaciones de desigualdad no con el ministro o el ejecutivo de un organismo, sino con aquellos y aquellas trabajadores y trabajadoras que están en contacto con las personas. Aceptan condiciones de trato que sospechan, porque acumulan experiencia, que son condición para obtener aquello que necesitan. En los últimos años, por buenas razones como el enorme papel que las organizaciones sociales vienen cumpliendo en representar a los sectores que han quedado fuera de la representación tradicional, tanto del sistema político como del sistema de reivindicaciones, se está construyendo una forma de institucionalidad territorial que está muy atada a organizaciones que no son estatales, pero que se constituyen en un segundo estado. Cumplen un papel extraordinariamente positivo e imprescindible en las actuales condiciones, pero que deberíamos discutir. Porque se construye otro estado. Y me pregunto si es posible y deseable. Cuando la segunda piel es la primera, se hace institución aquello que fue originariamente una debilidad estatal, una práctica deficiente, pero que ahora encarna sujetos concretos. Hace falta coraje para plantearlo. Puedo ser leída como una enemiga de las organizaciones sociales cuando la verdad es todo lo contrario. Lo que quiero es que se realice su papel transformando una estatalidad más igualitaria.

Las organizaciones tienen su lógica, pero no necesariamente representan el “interés general”. Es un tema complejo que merece discusión.

La igualdad es un problema de la política. No se llega a la igualdad por la vía de la reivindicación. Se pueden mejorar las condiciones de vida, y ese es el papel. Pero un horizonte igualitario es un proceso político. Hay muchas cosas que no sabemos cómo serán en la pospandemia, pero socialmente nuestra responsabilidad es la puerta que abramos a una mayor igualdad o a una desigualdad radical. Resulta fundamental profundizar estas discusiones sin darles cuartel.